

## La Otra Ventana

Un silbido ahogado entró por la puerta principal, que tomó de sorpresa a Samuel. Los sonidos siempre lo asustaban porque creía en los fantasmas y juraba haber visto más de uno en su vida, en esta y en la otra: la de las botas inundadas de mar y de olas que se burlaban de su miedo. Miedo infinito. Miedo al frío, al hambre, a la fragilidad infantil.

Se asomó a la ventana de la cocina y vio caer las primeras gotas que dibujaban pecas sobre la tierra del patio.

- ¿Dónde estará Tomaso? Pensó Samuel. -Quizás en el techo saboreando la lluvia, o en la cama acurrucado, indiferente al agua. No sé porqué me preocupo por ese gato, sabe bien como defenderse y le sobran vidas.

Que distinto había sido para él, que arrastraba en la memoria tardes de lluvia escondido debajo del bote viejo de la caleta, con la cabeza entre las rodillas y los pies helados. Eran los malditos días de lluvia, que muchas veces no dejaron salir al viejo a pescar y se quedaba en la casa, rabiando y tomando hasta despertar la bestia que se destilaba en el alcohol. Samuel conocía bien la rutina perversa del sonido de las gotas, las quejas, la lluvia, las botellas, el viento, los gritos y los ojos, los enormes ojos de su padre siguiéndolo por la casa gruñendo como un perro con rabia.

Volvió a escuchar el sonido del viento y corrió a la puerta a poner el cojín alargado para que no se colaran los recuerdos. En la ventana de la sala las cortinas abiertas se bañaban de lluvia fresca sin sal. Samuel quiso asegurar que estuvieran bien cerradas, pero al acercarse, pudo ver su propia imagen de fantasma en el vidrio. Afuera se humedecía el jardín y el viento hacía que el árbol de la entrada inclinara su copa en un saludo amistoso. Sintió escalofríos al pensar en la posibilidad de no merecer esto. Esto de estar adentro, abrigado por el olor a vainilla de la cocina, la taza de café a medio tomar sobre el diario que era de ese mismo día. Si, un diario que había traído Lorena en la mañana para él. Solo para él.

En el segundo piso algo golpeaba suave, algo inquieto pero endeble. Samuel subió de dos en dos los escalones, entró a la primera habitación, pero no era de ahí donde venía el sonido. Ahí todo estaba en su lugar. Ahí siempre todo estaba en su lugar, menos el pobre corazón de doña Inés, que aparecía para latir solo en las horas que rezaba arrodillada frente a la virgen, siempre rodeada de las fotos de Joaquín. Aquí vivía sin prisa el dolor impune que se había convertido casi en compañero y confidente; un hilo infinito que la conectaba en secreto con su hijo dormido en el mar.

La lluvia aumentaba rápido y Samuel se abrazó sin saberlo al sentir las gotas golpear cada vez mas fuerte en el techo, como si quisieran entrar. Así mismo se sentía cuando era niño y tenía que esconderse en el gallinero de los Martínez, donde podía quedarse toda la noche cubierto con las mantas del caballo. Eran las noches de afuera, las de antes, las de niño; esas que no se iban por completo y que de tanto en tanto, le devolvían

el recuerdo de ese deseo, de perderse en las rocas y dormirse para siempre abrigado con la manta del caballo.

-Córtala. Se dijo Samuel en voz alta. Avanzó hasta la próxima habitación, la que compartía con Lorena, la Negra, su negra. Ahí todo era ella: sus perfumes inventados, las cremas en cajitas de colores, los cintillos y pinches de pelo que se multiplicaban en la imagen del espejo grande. Aquí dormía su Negra enredando las piernas con las suyas, acogiendo sus labios entre sus enormes pechos. Aquí se diluía el pasado en un largo suspiro de piel y ternura.

En la ventana vio una sombra que lo tomó por sorpresa. No lo reconoció en un principio. Tuvo que subirse a la cama para acercarse mas. Era Tomaso con la cabeza metida en un pote plástico, empapado, aullando inútilmente al eco sordo del envase. Su hocico se abría en un gesto siniestro y mudo, que conmovió a Samuel; el conocía bien las horribles muecas de la desesperación, los sonidos y hasta los olores de la vulnerabilidad. Trató de controlar la torpeza de la urgencia, que de un plumazo pasó de gris lluvia a rojo amenaza. Lanzó garabatos a sus manos grandes y callosas, que hacían lo imposible por abrir el picaporte corroído por lágrimas de sal. Afuera lo miraban sus ojos de niño o quizás solo los del gato asustado.

Apenas se abrió la ventana, Tomaso entró de un salto a la cama y salió corriendo por la puerta. Samuel estuvo paralizado por segundos, siguiendo los pasos del gato con la mirada. Una nube espesa liberó lluvia con rabia, con infancia sembrada de golpes y

miedo. Sintió la tibieza de sus propias lágrimas mezclarse con las gotas frías que entraban furiosas, sopladas por el viento.

Lorena lo encontró sentado al borde la cama, con la cabeza entre las manos, como un pirata derrotado en altamar.

- ¡Aquí lo traigo mi viejo! Sano y salvo el cucho malcriado.

Su negra abrazaba al gato con una toalla. Había liberado la cabeza del animal que se lamía una pata, acurrucado como un niño en brazos de su madre.

Lorena puso a Tomaso sobre la cama. El silencio dulce de su sonrisa acogió a Samuel, como lo había hecho antes en días de lluvia. Sus labios lo besaron en la frente, en las mejillas y en los labios. Lo meció suave hasta que bajó la marea de su respiración y pudo mirarla de frente.

-Gracias negra.

-¿Porqué? Le preguntó Lorena.

-Por recordarme tantas veces, que ahora estoy viendo la lluvia de este lado de la ventana.

